



**El
placer
de estar
dentro**

13 RELATOS ERÓTICOS

**Zendy M.
Cipriani**

 Planeta





La amante

Veinticuatro años, y no tenía sexo desde hacía varios meses, solo en contadas ocasiones desde que llevaba de novia de Juan Lee. Él insistía en esa tontería de que era mejor guardarnos un poco hasta que nos casemos y vivamos juntos, pero solo había logrado despertar mi apetito voraz. No sé por qué su familia y él eran tan religiosos. Cuando se acordaba de mí, Juan era un buen amante, cumplía su papel. Pero su amor era siempre escaso. Estas discrepancias dieron pie a que se desencadenaran una serie de sucesos que me han convertido en la mujer que ahora soy.

Un día, mientras Juan y yo tomábamos unos helados en el Tip Top de Lince y discutíamos porque yo quería terminar mi maestría en Wharton College, en Pennsylvania, y Juan no quería que viajara, a pesar de que él ya había terminado el mismo postgrado hacía unos años, decidí confrontarlo.

Lo había decidido desde el momento de escoger mi vestimenta para la cita: ropa atrevida y destapada para el invierno de aquellos meses. Minifalda, un polo ceñido y una casaca extra-grande. Todos los hombres que pasaban por nuestra mesa me miraban, algunos incluso con lujuria, todos, menos mi Juan...

—Mujer, mejor nos vamos a Miami. Los pasajes ya están comprados...

La amante

—No, Juan. Quiero terminar la maldita maestría de una vez por todas.

—Pero, mi amor, vamos a Miami. Te voy a llevar a los Cayos, te va encantar...

—Ya fuimos, Juan... Estoy harta de esto. ¿Por qué no tiramos?

—Ya hablamos de eso, Zaida.

—Hace tanto tiempo que no me tocas. Es como si hubiera vuelto a ser virgen.

No me respondió y miró para otro lado. Yo, que hasta ese momento estaba dubitativa, decidí irme a Pennsylvania. Le dije a Juan que mejor era terminar. Pero, como siempre, él logró persuadirme de que no lo hiciéramos.

—Ya somos novios, no podemos romper, amor. Está bien. Ve a terminar tu maestría.

Para variar, aquel día tampoco tuvimos sexo, pero él estuvo comprensivo. Un año de noviazgo y en realidad creo que había tenido más acción en una semana de soltería que en aquel año. Tenía la secreta esperanza de que algo pasara en el Wharton College, de que encontrara alguien con quien valiera la pena tener una aventura.

Con el viaje sentí que mi suerte cambiaría. No obstante, esa sensación positiva fue efímera y terminó esfumándose al cabo cuando descubrí que en el mismo vuelo iban a mi lado Juan Javier y Facundo, dos compañeros de la maestría que en Lima trabajaban para un banco. Después de saludarme no tuvieron la menor vergüenza en hacer lo que siempre hacían: observar mis pechos con descaro. Era lo único que iban a lograr de mí. Aquellos dos tontos nunca iban a tener una oportunidad conmigo. Chasquéé los dedos y les dije:

—Deberían buscar novia, chibolos...

Los dos se pusieron incómodos e hicieron como que miraban a su celular o a la revista del avión. Me divertían las reacciones que provocaba mi cuerpo en los hombres. Afortunadamente habría un cuarto peruano que viajaba al Wharton College en el mismo avión. Unos asientos más adelante estaba un amigo de Juan Lee, Mario; un tipo callado, no sabría decir si era tímido o soberbio. De poco hablar. Lo que me encantaba de él era que cuando lo miraba fijamente se sonrojaba. No era guapo, pero siempre iba bien vestido. Tenía pecas en la cara y un buen físico.

Los dos tontos con los que viajaba estaban absortos en sus computadoras y hablaban acerca de los planes que tenían en Estados Unidos. Advertí que Mario viajaba solo, así que fui a divertirme un poco con él. Lo saludé y él me miró e hizo un sonido con la boca con el que, creo, quiso decir hola. Volvió a la lectura del libro que tenía en las manos y yo saqué del bolsillo unas fotocopias que llevaba dobladas.

Él se volteó, sonrió y me dijo:

—Te apuesto que no lees ni cuatro párrafos seguidos.

Así fue como comenzamos a conversar, a conocernos. Yo sabía muchas cosas de Mario, pues me las había contado Juan en intimidad. No obstante, nunca había charlado con él. Las pocas veces que había venido a las reuniones de Juan apenas nos saludamos y cruzamos un par de opiniones. Durante el viaje, que era largo, nos contamos nuestras vidas y coquetearnos sutilmente. Cuando tocó la cena no sé por qué, pero terminé dándole un poco de mi postre en la boca.

Ya en Nueva York cada uno se fue por su lado. A mí vinieron a recogerme unos primos. A él un amigo que también era del grupo de Juan Lee. Así que nos despedimos y, solo una semana

La amante

después, ya instalados en el campus del Wharton College, lo volví a ver en clases.

Wharton es un hermoso lugar, tiene edificios bonitos del siglo XIX, cielos azules y una vegetación exótica. Me gustaba porque era un ambiente calmado y silencioso, todo lo contrario al infierno que es Lima. Compartía salón con gente de toda Latinoamérica. Éramos como cincuenta, pero hice un bonito grupo con unas chicas costarricenses, un ecuatoriano y un boliviano.

En las universidades norteamericanas se estudia duro, pero una cosa que me encanta de ellos es que también saben divertirse. Una semana antes de que la maestría acabara el círculo de estudiantes organizó una fiesta para los alumnos de mi curso. Se realizó en un club donde había dos pistas de baile, piscina y todo lo que uno se pueda imaginar. El verano no acababa aún en el hemisferio norte, así que había un agradable ambiente de celebración. Sabía que aquella noche algo pasaría. Aquella era mi oportunidad de vengarme un poco de Juan Lee. Estaba coqueteando con un colombiano, del que ya no me acuerdo el nombre, cuando apareció Mario, quien estaba con una hondureña. En algún momento estuvimos cerca y le dije:

—No pierdes el tiempo...

—Tú tampoco, nuestro secreto...

Ambos reímos y nos guiñamos los ojos. Me presentó a la hondureña y yo al colombiano. Inmediatamente, me contó sobre una modelo limeña que había muerto por sobredosis. Muchas veces la había visto en las fiestas de Juan. Era un buen chisme que atrapó mi atención. La hondureña se espabiló al cabo de un rato, el colombiano me dijo que volvería. Mario pidió un trago para mí, me sonrió y en aquel momento descubrí que cuando sonreía se veía mucho mejor. Volvió el chico colombiano y con

él un chileno mucho más guapo. A ellos se les sumó el boliviano. Eran mucho más jóvenes que Mario —que ya tenía treinta y cinco años—, lo desplazaron y vi cómo se iba por ahí con la cola entre las piernas. Todos querían llamar mi atención y yo pensaba que todo aquello era una locura.

Pero no pasó mucho rato para que Mario volviera con tal decisión que los muchachos solo pudieron hacerse a un lado. Me ofreció la mano y se la di. Sentí cierta electricidad cuando nos tocamos, como una sacudida. Me tomó con tal resolución que yo solo me dejé llevar a la pista de baile. Entrecruzó sus dedos con los míos mientras bailábamos. Este era otro Mario, y además olía rico, había escogido bien su perfume para esa noche. Me sorprendió que bailara tan bien y empezó a coquetearme sin disimulo. No había forma de que resistiera dejarme llevar por él. El baile hizo que el alcohol comenzara a hacer sus efectos. A un costado de la pista aún estaba el pobre colombiano como esperando un error de Mario para robarme como un pirata, pero aquella no fue su noche. La seguridad de Mario me excitaba, sabía lo que quería y estaba dispuesta a dárselo.

No le fue difícil alejarme del grupo, y en un par de giros ya estábamos al medio de la pista de baile. Mario desplegaba todas sus artes. Me sentí como esas aves que se ven seducidas por el baile de apareamiento del macho. Acercó su boca a mi rostro y con rapidez se replegó como si se arrepintiera y sonrió. Entendí su juego. Yo también hice lo mismo y me reí. Entonces, él me dio un beso en la mejilla y sentí una descarga en todo el cuerpo. Me rendí y dejé que me besara donde quisiera y me llevara como en el baile. Al principio nuestros labios estaban secos por el alcohol, pero rápidamente se fueron humedeciendo y aplacaron el fuego que brotaba desde nuestros vientres, desde nuestros sexos, mientras nuestras lenguas se entrecruzaban como dos

serpientes. Disfrutaba la libertad del alcohol sin las cadenas de la inhibición.

—¿Sabes que quería besarte así desde que Juan nos presentó? —me confesó Mario.

Antes de que pudiera responder volvió a besarme. Yo quería romper esa sequía, que me hiciera el amor y poder disfrutar del cuerpo duro y trabajado de Mario. No quería parar, pero fue como frenar en seco. Desde algún oscuro rincón de mi mente, saltó la imagen de su mujer y sus dos hijos. Fue como una cachetada, él sintió la tensión en mi cuerpo y me soltó.

—¿Qué pasa? —dijo sorprendido.

Salí despavorida del club, sin responderle. Durante la noche y al día siguiente recibí varios mensajes de Mario, pero no respondí. Lloré porque me sentía tonta. Pensaba que si hubiera pasado algo entre nosotros todo se hubiera complicado. Sin embargo, en cuanto me convencía de que así era mejor saltaba el recuerdo placentero de sus besos, hasta me volvía a excitar un poco, y luego me avergonzaba de haber salido como una loca de la fiesta. En ningún momento pensé en Juan Lee.

De vuelta en Lima, Mario me sorprendió una tarde. Fue a buscarme al trabajo. Me llevó, luego de que me prometiera que no iba a intentar nada, a un bar. «Solo quería hablar conmigo». Fuimos a un local estupendo frente al mar. Cuando llegamos hablamos un poco de la maestría. Sin consultarme, pidió un par de tragos. Yo estaba esperando que dijera algo sobre lo nuestro pero la cháchara continuaba y los tragos también.

De pronto, sin proponérmelo, ya estábamos riendo por alguna broma suya. Mientras tanto mi celular no paraba de sonar. Era Juan Lee, le respondí por el WhatsApp: «Estoy en reunión

de trabajo. Te llamo cuando acabe. Amor». Guardé el celular y él me cogió la mano.

—Te extrañé —me dijo con una media sonrisa.

Entonces yo le acaricié el rostro. El contacto de mi mano con su cara rasurada era excitante. Me dijo que quería que lo ayudara con un proyecto. Quería mostrarme un sistema de ventas que había creado para comercializar productos para deportistas. Me preguntó si no tendría problemas en acompañarlo a su oficina. Ambos sabíamos qué iba a pasar. Pero jugamos a hacernos los inocentes.

Estaba un poco ebria y en su oficina él me tomó de la mano y me dijo:

—Hay algo que dejamos a medias en Estados Unidos...

—Eres casado y no sé qué hago acá.

—Me voy a divorciar —respondió con resolución.

Me acarició el rostro y me dio un beso breve al que siguieron otros más prolongados. Mientras nos besábamos, él comenzó a agarrar mis senos sobre la blusa. Desde hacía varios meses yo no tenía sexo y ese día realmente estaba decidida a todo. Así que, para sorpresa de Mario, llevé mis manos a su cinturón y comencé a quitárselo. Luego le bajé la bragueta sin dejar de besarle e introduje mi mano para tomar su pene durísimo. Oí un gemido de satisfacción. Él puso su mano sobre mi cabeza y comenzó a empujar con delicadez hacia abajo. Yo me puse de rodillas y le bajé el pantalón y luego el calzoncillo. Su pene rosado y largo se mostró como un ave liberada, pero no por mucho tiempo, porque yo lo tomé con mis manos y empecé a darle pequeños besos, mientras Mario volvía a gemir de placer. Me metí toda su dureza en la boca y comencé a saborear sus líquidos salados y dulces. Me sentía una puta en ese momento, y solo quería que la siguiera teniendo así de

La amante

dura para que me penetrara con fuerza y destrozara toda esa sequía de amor.

Mario se volvió loco de placer, me tenía cogida del cabello, mientras repetía:

—Zaida... Zaida...

Dejé su pene un momento y me paré, comencé a lamerle la cara, mientras me levantaba la falda y me quitaba el calzón, que estaba húmedo. Él me cogió por la cintura, me levantó y me sentó en su escritorio y comenzó a desabrocharme la blusa. Se entretuvo unos segundos quitándome el sostén, y en cuanto vio mis senos los besó y puso la cara de alguien a quien se le hace realidad un sueño...

Sin dejar de chupar mis pezones, comenzó a introducir su pene en mi vulva.

Lo deseaba tanto, había estado soñando tanto con el momento en que me hicieran el amor que creo que tuve un primer orgasmo en cuanto lo sentí. Él no se dio cuenta. Lo mantuve como atrapado con mis piernas primero. Luego él me echó en el escritorio y así estuvimos por una hora sin parar, cambiando de posiciones, cambiando de orificios, cambiando nuestras salivas y nuestros líquidos. Hacerlo en su oficina era excitante. Tal como me lo había imaginado, Mario sabía cómo moverse, sabía cómo complacer a una mujer. Tras unos gemidos de placer me hizo saber que iba a llegar al clímax. Aquel día, la reunión duró hasta muy tarde. Los resultados fueron satisfactorios.

Estas reuniones de trabajo se hicieron habituales. A tal punto que decidí pedirle un tiempo a Juan Lee y olvidarme de los planes de boda. A los dos meses me di cuenta de que estaba perdidamente enamorada de Mario.

Pronto me vi esperando que los papeles del divorcio se aceleraran. Era feliz.

Un mes después una noticia destruyó todo el castillo de naipes. Me enteré de que Mario iba a tener un tercer hijo. Juan Lee, con quien aún salía a comer o a pasear —claro, como amigos—, me lo contó. Me molesté y dejé de verlo.

Mario me mandaba mensajes y me rogaba hacerme el amor una vez más, pero yo decidí mantenerme alejada.

Sin embargo, Lima es chica, y un domingo familiar me los crucé a él, a su esposa embarazada y a sus hijos en un restaurante. Tuve sentimientos encontrados, ella estaba tan orgullosa, no sabía que su marido le ponía los cuernos de lunes a viernes, y a veces los fines de semana también, conmigo. Me cayó mal.

Por aquellos días también descubrí que Juan Lee era gay, y que me había estado utilizando para callar las habladurías. Me lo contó un amigo del trabajo que lo conocía muy bien porque Juan era del grupo gay de su hermano. No me molesté, pero sí me sorprendió haber sido tan ciega. ¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta si estaba tan claro todo? El chico se llamaba César y trabajaba en Planeamiento en mi empresa. Comenzamos a salir, primero como amigos, pero un día de borrachera terminamos en la cama. No era tan bueno como Mario, pero me servía para olvidarme de él. Su fetiche era hacerlo en hoteles. Así que a veces nos escapábamos del trabajo y nos cerrábamos en uno. Fue en esos días que descubrí que me encanta gemir fuerte...

No sé si habría pasado un año o dos, ya no estaba con César. Salía con un director de teatro. Me había quedado con la costumbre de visitar hoteles. Un día, luego de una larga sesión, me llevé tremenda sorpresa. Estaba esperándolo en el estacionamiento del hotel cuando vi que pasaba la mujer de Mario acompañada

del fornido administrador de Huaríngas, él también era amigo de Mario y de Juan. Lima es chica, definitivamente. En ese momento me di cuenta de que el matrimonio de Mario era retorcido, que la verdadera «mala» de la historia era su mujer y no yo.

Entonces decidí escribirle por el WhatsApp. Le dije que estaba triste, que estaba deprimida, pues había acabado con mi novio director de teatro. Mario vino a mi trabajo en menos de media hora, en taxi, y fue por esa razón que bajamos a la playa de estacionamiento para recoger mi carro e «ir a hablar a otro lado». Aquel era un lugar por donde no pasaba nadie. Me excitó tanto la idea... más aún cuando me dijo que no había encontrado otra mujer que lo satisficiera como yo lo hacía. Entonces lo sorprendí, me levanté la falda en el auto y me quité el calzón. No sé cómo nos acomodamos en mi auto, pero terminamos haciéndolo ahí. Esta vez con mucho silencio y vigilantes para que nadie nos descubriera. Mientras lo hacíamos se me ocurrió contarle lo de su mujer, pero no lo hice. Me lo estaba haciendo tan bien que no quería que parara. También sabía que iba a empezar a odiarme si era yo quien se lo decía, así que solo decidí callar.

Entendí que él no era el villano de la relación. Empecé a verlo como a una víctima. Dejé todo y volví a su lado como su amante, lo cual no fue un gran sacrificio. Volví a mis salidas con Mario, pero lo extrañaba los fines de semana, los feriados, o cuando era cumpleaños de uno de sus hijos. Nunca le pedí nada más que su cariño. Nunca odié a su mujer. Han pasado cuatro años y aún sigo viéndolo cada vez que me dice que me ama. No me cabe duda de que es verdad. Sé que es sincero, y cuando lloremos por no poder estar juntos lo amo más. No sé si en algún momento esto va a acabar. Pero, al menos, tengo claro que en esta historia la amante no es la mala de la historia.